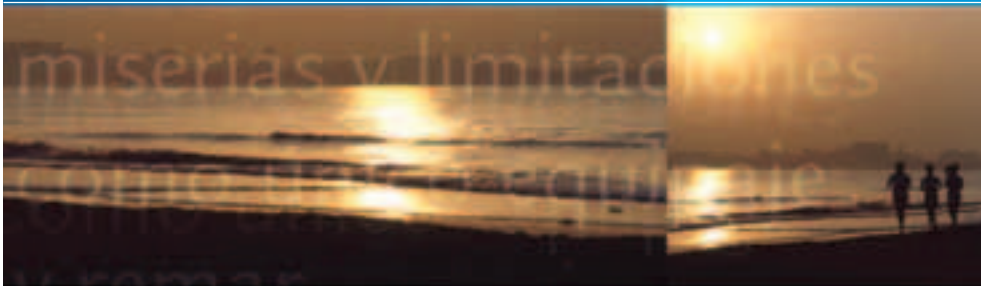


Érase una vez
un jovencito
torpe e inexperto
que un día

Duc in altum!
¡Mar adentro!



Ángel Escudero Villanueva

I.S.B.N.:
Depósito Legal:
Fotocomposición:
Impreso en España - Printed in Spain

Está prohibida la reproducción o almacenamiento total o parcial del libro por cualquier medio: fotográfico, fotocopia, mecánico, reprográfico, óptico, magnético o electrónico sin la autorización expresa y por escrito del propietario del copyright. Ley de la Propiedad Intelectual.

Duc in altum!

¡Mar adentro!



Érase una vez un jovencito torpe e inexperto, que un día decidió coger sus muchas miserias y limitaciones como único equipaje y remar mar adentro... pero ésta, es otra historia.

Ángel Escudero Villanueva



A mi esposa y a mis hijos:
mi gran tesoro.



A mi padre:

He volado solo
y con la bandada
pero siempre luché
por ser yo mismo



A mi ángel bueno
por inspirarme y ayudarme
a seguir mar adentro en los
momentos difíciles.

0

Algunos recuerdos, en especial los de la infancia perduran en la memoria con una gran intensidad. El aroma a flor de azahar siempre me transporta a mis vacaciones de Semana Santa y Pascua en la casa de campo de mis abuelos, entre naranjos.

El característico olor de un lápiz con la punta recién afilada o el de una goma de borrar de las de antes. Las barras de chocolate entre pan para merendar. El olor a romero de las paellas que mi abuela preparaba los domingos.

El seiscientos cargado hasta los topes camino de las vacaciones de verano. Las bolsas de pipas de a peseta. El virginiano, y Bonanza, y Embujada, y La pantera rosa...

Esta historia, conserva intacta toda la pureza que sólo la inocencia puede dar. Está basada en un agradable sueño de una noche de primavera que trajo a mi memoria entrañables

recuerdos casi olvidados, pero como en toda historia cualquier parecido con la realidad... ya se sabe.

Eso de que alguien hiciera una película para encontrar a un antiguo amor de la infancia, tenía su chispa, y era una idea original según me dijeron algunos buenos amigos a los que les conté mi idea.

No había comenzado a escribir, pero tenía la dichosa historia dando vueltas en mi cabeza.

-Es natural -me explicó mi buen amigo Sancho-, te sentirás en deuda con el papel y no descansarás hasta que la saldes, y eso sólo se consigue sentándote y escribiendo.

Pues eso es lo que hice, sentarme y escribir pantallas y pantallas de ordenador, y enviar por correo electrónico fragmentos del texto y resúmenes de la historia a amigos y conocidos para que me orientaran, guiaran y aconsejaran.

Ya ves, amigo Sancho, que he seguido tu consejo de en lugar de ser un Él el que busque a una Ella, en cierto modo, es una Ella la que busca a un Él.

-Tres actos. Toda historia, desde que los griegos escribieron sus obras de teatro hasta

hoy, debe estructurarse en tres actos. Y hay que conseguir mantener el ritmo y la tensión. A lo largo del segundo acto hay que plantear una dificultad añadida que aumente un poco la tensión de la historia- eran los consejos de un actor-guionista-director afincado en Nueva York.

Pero el mejor de los consejos, me lo dio su mujer de origen puertorriqueño:

-Sigue escribiendo, no te desanimes. Mira, si cada mañana al levantarme para ir a un casting, pensara cuántas actrices de mi edad, con mi tipo, color de ojos y de pelo y con más experiencia que yo iba a encontrarme compitiendo por ese mismo trabajo, nunca saldría de casa. No dejes de escribir, pero eso sí, pon el corazón en lo que escribas.

Hasta comentarios como el de mi buen jefe de servicio del hospital en el que trabajaba como consultor -¿Qué, ya has desistido? Deberías volver al mundo real y dedicarle más tiempo a tu tesis -me sirvieron de estímulo para seguir "mar a dentro" y no dejar de escribir.

Incluso historias conmovedoras contadas por alguno de mis pacientes me sirvieron de inspiración...

Pero lo que más me sorprende de todo este proceso es que si comparo el texto inicial con el último que escribí, no se parecen en nada. ¡Y el final! No sé cuántas veces escribí y volví a escribir el final hasta encontrar uno adecuado que expresara exactamente la idea que quería transmitir.

Luchar por hacer realidad un sueño, es una de las mejores cosas que se pueden hacer en la vida.

1

-¡Álvaro! Venga vamos, que ya es de día y hay que levantarse. Sus ojos, aún cerrados, podían percibir la luz del sol de una cálida mañana de verano, al tiempo que notaba el suave tacto de las manos de su madre acariciándole la mejilla. El leve rumor del mar todavía tranquilo y el intenso olor a arena mojada, inundaban la habitación.

Pablo y Luis ya le estaban esperando en el jardín para, como cada sábado, a primera hora de la mañana, ir a jugar al fútbol en la playa. No abundaban los niños de su misma edad para formar dos equipos completos, así que organizaron la Liga Playera de Fútbol – 3.

¿Qué más se podía pedir a los diez años? Mar, arena, amigos y una pelota.

Cuatro montoncitos de zapatillas marcaban las dimensiones de las dos porterías. Álvaro y Pablo habían llegado a desarrollar un más que aceptable grado de penetración en el juego. Luis siempre jugaba de portero, era el alma del equipo.

-¡Venga, muy bien! ¡Eso es, sin descomponer las líneas! ¡Quiero a todos en su sitio!

Transmitía seguridad y serenidad: si iban perdiendo,

siempre encontraba la frase apropiada para mantener la moral y remontar el partido; y si iban ganando, no dejaba que el exceso de confianza invadiera a sus jugadores manteniéndolos con la justa tensión y atención.

-¡Pásale ya! ¿Qué no ves que está solo? ¡Cuidado con el tuyo, no dejes que avance por la banda! ¡Álvaro, ponte donde te pueda ver Pablo! ¡Vuelve a defender rápido! -gritaba Luis sin parar.

El fútbol en la playa permitía hacer piruetas más espectaculares, lances más arriesgados que como mucho, terminarían con un mullido revolcón en la cálida arena. Las chilenas, estaban reservadas únicamente para el verano ya que durante el curso, en las duras y frías pistas de cemento del colegio, eran imposibles.

-¡No esperes el balón! -le solía recriminar Pablo a Álvaro cuando alguno de sus pases no llegaba a los pies de éste al ser interceptado por algún contrario.

Álvaro más alto, pero más delgado que Pablo, confiaba en la corpulencia de su amigo a la hora de cortar los avances por banda:

-¡Muy bien, así se entra, con todo el cuerpo! ¡Aguanta, aguanta, aguanta sin entrar, no intentes quitársela todavía, sólo tapa su avance! -Álvaro permanecía clavando su mirada en el balón con todos sus músculos en tensión preparados para saltar como un resorte mientras Pablo, llegando por detrás de su contrario, se hacía con el control de la pelota; y los dos amigos, volvían a tomar la iniciativa del ataque: Pablo por la banda izquierda y Álvaro corriendo por el centro pidiéndole a gritos que le pasara.

-¡Ahora, vamos que estoy solo!

Pablo levantó la vista, miró hacia donde estaba su amigo y elevando la pelota en una suave parábola, permitió que Álvaro sólo tuviera que impactarla con su cabeza a escasa distancia de la arena para hacerla rodar entre los dos montoncitos de zapatillas.

-¡¡¡Gooool!!! –gritaban y se abrazaban emocionados como si todo ello sucediera durante la final de la Copa del Mundo, pero en este caso, en lugar de miles de seguidores enfervorizados, saltando y coreando el nombre de su ídolo, sólo había un grupo de gaviotas que alarmadas por los gritos de los niños, emprendieron el vuelo.

Para cuando llevaban nueve goles a favor y otros tantos en contra, la arena ya formaba una amalgama con el sudor de su piel y sus ropas difícil de separar. Ese era el momento indicado para buscar un sitio en la orilla de la playa para refrescarse con un buen chapuzón. Pero primero, había que cumplir un sagrado ritual consistente en sin quitar la arena de sus pies, calzarse las zapatillas y dirigirse al puesto de helados y refrescos del polideportivo próximo a la playa.

-Un helado de nata y chocolate, por favor.

-Yo querría uno de limón.

-¿Tienen de avellana?

Junto a ellos, otro grupo de niños y niñas recibían clases de tenis. Una de las bolas fue respondida con un forzudo golpe de revés y describiendo una amplia parábola, pasó por encima de la tela metálica que rodeaba la pista y fue a parar cerca de los tres niños que seguían saboreando sus helados. Álvaro se inclinó, cambió su helado de mano, cogió la pelota y la lanzó con todas sus fuerzas. Fue siguiendo con su mirada la trayectoria de la pelota manchada de

chocolate y nata, hasta que botó dentro de la pista. Algo hizo que instintivamente, desviara su mirada del bote de la pelota. ¡Nunca había visto nada parecido! Nunca había experimentado una sensación igual, bueno, igual no, pero casi; era bastante parecida a cuando el profesor le sacaba a la pizarra para preguntarle una lección mínimamente estudiada. Llevó su mano, aún manchada de chocolate, a su nuca para intentar aliviar la tensión mientras permanecía inmóvil observando a una de las niñas que jugaban al tenis. Por un instante, su cuerpo parecía no responderle; el mar al fondo, rompía sus olas en la playa sin emitir ningún sonido; hasta dejó de oír los gritos de sus amigos unos metros delante de él animándole a no quedarse atrás.

La niña, clavó su zapatilla junto a la línea de fondo; inspiró profundamente; botó un par de veces la pelota con su manita izquierda; miró a Álvaro mientras apartaba el pelo de su cara; volvió a fijar su mirada en la pista; lanzó la pelota hacia arriba y con un enérgico latigazo de su brazo acompañado por un elegante movimiento de todo su cuerpo, hizo que la pelota llegara al otro lado de la red.

-¡Álvaro! ¿Estás bien? –lo zarandó Pablo al tiempo que se ponía delante de él ocupando todo su campo de visión.

2

Sentada de espaldas a la mesa de su despacho, Marie Duchamp contemplaba ausente las gotas de lluvia resbalando por el cristal de la ventana. No podía apartar de su mente la imagen de su buen amigo Eduardo, médico de profesión, tendido en la cama del hospital, sedado tras sufrir un infarto de miocardio durante una de sus guardias. Marie, impotente, miraba fijamente su cara inexpresiva. ¿Dónde estaba toda la vitalidad de sus treinta y pocos años?

-Doctora, la siguiente paciente ya ha llegado –interrumpió su enfermera.

Marie, por un momento, había perdido la noción del tiempo. En los últimos días, prácticamente no había salido de su clínica dental. El ritmo de su profesión le había ido consumiendo las fuerzas y la ilusión. Sólo su profesionalidad, hacía que el cansancio y la monotonía no se reflejaran en su rostro. Siempre tenía un gesto amable, una sonrisa o un comentario ocurrente para sus pacientes. Sonreír, había empezado a formar parte de su trabajo.

Cuando era una joven estudiante, rebosaba ilusión y energía. Nunca pensó que los sinsabores, las contrariedades y la responsabilidad de su profesión, llegaron a quemarle de

ese modo. ¿Por qué no hice Bellas Artes en lugar de ingresar en la Escuela de Odontología? Esa era la pregunta que últimamente llegaba a su cerebro de forma cada vez más insistente.

Marie, dirigiéndose a la puerta del despacho, se abrochaba los últimos botones de su bata. Abrió la puerta del gabinete y saludó a su paciente, una mujer mayor de aspecto cuidado y elegante. Se acomodó en su silla y situándose a la derecha del sillón dental comenzó la historia clínica.

-¿Nombre?

-Isabel Ochoa Darós

-¿Edad?

-Setenta y dos años.

-¿Alergia a algo?

-Sólo al pegamento de ciertos esparadrapos.

-Bueno, en la boca no solemos utilizar mucho esparadrappo –dijo con una sonrisa Marie-. ¿Algún problema de corazón?

-No, ninguno y la tensión, no me la suelo tomar, pero sé que la tengo bien.

-Entonces tenemos una paciente de buen corazón ¿No? ¿Algún problema respiratorio?

-De muy pequeña, tuve asma, pero pasó y no he vuelto a tener problemas.

-De digestivo... ¿Gastritis, úlcera...?

-Ningún problema doctora, procuro comer de todo y hago las digestiones sin enterarme. Suelo comer mucha verdura, fruta fresca, poca grasa... con lo único que me puedo exceder alguna vez es con el queso...

-Y su hígado, ¿alguna vez tuvo hepatitis?

-Nada, nada doctora que le digo que estoy muy bien y con mucha energía. Mire, tengo amigas, incluso más jóvenes que yo, que ya se están quejando de los huesos, de sus articulaciones, del azúcar... y yo les digo que en lugar de quejarse y de ir constantemente al médico, lo que tienen que hacer es más ejercicio y comer mejor, sin tanta fritanga y congelados.

-Paciente con buen estado general, sin antecedentes patológicos de interés –escribió Marie mientras lo repetía en voz alta-. ¡Muy bien! ¿Y cuál es el motivo de su consulta?

-Verá usted doctora. Quiero arreglarme la boca, ponerme los dientes bonitos, porque mi primer novio me llamó por teléfono el otro día después de cuarenta o cincuenta años sin vernos y quiero causarle buena impresión.

Las palabras de Isabel, causaron cierta sorpresa en Marie que no pudo disimular.

-¡Qué guapo! –continuó Isabel- Yo le quería mucho. Aún recuerdo la primera vez que le pegué.

-¿Le pegó usted? –interrumpió Marie.

-¡Con todas mis fuerzas! Se atrevió a robarme un beso, mi primer beso. Tan tierno... y qué bien besaba. Fue el mejor beso...

-Y le atizó. Le encantó el beso, pero le atizó –volvió a interrumpir Marie.

-¡Claro! ¿Qué a usted nunca le han robado un beso?

Marie quedó pensativa intentando recordar, y sin contestar siguió preguntando:

-Y si tanto la quería ¿por qué no se casaron?

-Se fue, no volví a saber de él hasta que el otro día me llamó por teléfono.

-¿No le guarda rencor por haberla dejado sin una explicación, sin despedirse, sin...?

-El tiempo borra los malos recuerdos. Yo viví mi vida muy intensamente. Quise a mi marido con locura, fuimos muy felices, y ahora que estoy sola, quiero que todo sea bonito ¿Me entiende usted doctora? El primer amor, es el único verdadero, el único que queda con el paso del tiempo, el único amor... Con mi marido, me casé... si, era guapo ¡y tenía tierras! Y le quise, pero nunca es lo mismo. A él siempre lo he llevado en mi corazón ¡y la semana pasada, me llamó!

Marie, inmóvil escuchando atentamente las palabras de su paciente, dio por finalizado el diálogo con un:

-Bueno, vamos a ver que podemos hacer con sus dientes. Abra bien la boca.

3

Las mañanas que Marie terminaba tarde la consulta, solía comer en la cafetería del principio de la calle donde tenía su clínica dental. Ese día, había quedado con sus dos mejores amigas: Irene y Laura y a última hora, quizá a tomar café, llegaría Andrés.

Andrés era su novio con el que tenía previsto casarse un año de estos. Se conocieron en la Escuela de Odontología, de estudiantes. Él era un joven ortodoncista que estaba luchando por hacerse un sitio entre los mejores. Había terminado su Master en Ortodoncia brillantemente. Empezaba a dominar con gran habilidad las técnicas, pero lo que le fallaba era el trato con sus pacientes más jóvenes, con los niños. No tenía suficiente paciencia para tratarlos, y compadecía a los pobres padres ¡No saben donde se han metido estos infelices! –decía con frecuencia.

Irene era el hombro sobre el que más de una vez, Marie necesitó llorar. Joven pintora con un olfato especial para apreciar una buena obra de arte o un prometedor artista, cualidades que sin duda, le ayudaban a dirigir con soltura y confianza su pequeña galería de arte.

Laura, posiblemente era su mejor amiga. En este

momento su trabajo como directora de cine, pasaba por una mala racha, una época de escasa inspiración.

La brillante luz del sol que entraba por las ventanas, inundaba todo el local donde las tres amigas comían y conversaban sobre sus pequeñas historias cotidianas.

-Y después de tanto tiempo, va y le llama por teléfono –comenzó a decir Marie como si sus amigas conocieran toda la historia desde el principio.

-Después de tanto tiempo... ¿quién llama a quien? -preguntó Irene intrigada.

-Pues veréis –Marie se limpió con su servilleta y tomó aire para comenzar-, esta mañana me ha llegado a la consulta una paciente a la que su primer novio, con el que obviamente no se casó, después de 40 años sin verse, le llama por teléfono.

-¿Y? –interrumpió Laura.

-Pues que la buena señora quiere arreglarse la boca, ponérsela bonita antes de quedar con él.

-¡Qué historia tan preciosa! –exclamó Irene.

-¡Que tiene setenta y dos años la niña! –repuso Marie mirando fijamente a los ojos de Irene.

-¡Qué coqueta!... ¿Y tiene arreglo lo de sus dientes? –preguntó sonriente Laura.

Marie, ignorando la pregunta de su amiga continuó diciendo:

-Y se acuerda de cuando le robó su primer beso y le atizó, le gustó pero le arreó un buen guantazo...

-Por lo menos te habrá animado la mañana –dijo Irene en voz muy bajita cogiendo su copa para beber.

Laura mirando fijamente a los ojos de Marie creyó haber encontrado el verdadero significado de las palabras de su amiga:

-Marie, ¿A ti alguna vez te dieron un beso de esos, al parecer tan... impresionante?

Marie sin contestar, dirigió su mirada hacia una de las ventanas.

-¡A mí nunca! –se adelantó Irene.

-¿Os dais cuenta que a ninguna de nosotras, nunca nos dieron semejante tipo de beso? –dijo Laura sin esperar a la contestación de Marie, quien sin dejar de mirar por la ventana comenzó a hablar en voz baja.

-Hizo que a su lado, me sintiera como una anciana. ¡Rebosaba tantas ganas de vivir! ¡Le hacía tanta ilusión que su antiguo novio le viera guapa! Teníais que haber visto cómo se le iluminaba la mirada cuando hablaba de él. Me entraron ganas de pasarme el resto de la mañana escuchándole.

-¿Y lo hiciste? –interrumpió Laura.

-Seguí pasando consulta: más pacientes, más dientes, lo de siempre. Pero fue como una bocanada de aire fresco.

Las tres amigas, quedaron en silencio a solas cada una con sus propios pensamientos sugeridos por las últimas palabras de Marie.

Andrés de pie junto a la entrada, buscaba con la mirada a Marie. Se acercó, saludó a Laura, a Irene y finalmente a Marie con un superficial y rápido beso que la dejó aún más pensativa, como comparando ese beso con...

-¡Qué día llevo! –comenzó a contar Andrés al tiempo que se acomodaba en una de las sillas- Esta mañana me han venido a la consulta dos pacientes con varios brackets descementados, y por si fuera poco, se estropea el aspirador del sillón.

Marie, Irene y Laura, comenzaron a mirarse entre sí

con un leve gesto de complicidad en sus caras.

-¿Alguna vez, alguna chica te pegó? –preguntó Marie con un brillo especial en sus ojos, como si rebuscara en el interior de la mente de Andrés.

-Que si alguna chica ¿qué? –dijo Andrés dirigiéndose primero a Marie y luego volviendo su mirada a Irene, la que con un gesto le animó a contestar.

-Pueees no, nunca.

La mirada de Marie se encontró con las de sus amigas asintiendo afirmativamente, como si acabaran de confirmar sus sospechas.

-¡Nunca! ¿Lo veis? Nunca le robó un beso a una chica. Y os aseguro que a mí tampoco –se lamentaba Marie con un enérgico movimiento de cabeza ante la perplejidad de Andrés.

4

El reloj del salón, acababa de dar las tres de la madrugada y Marie no había hecho más que dar vueltas en su cama sin conseguir dormir. Programas nocturnos de radio, algunas páginas del libro que siempre procuraba tener sobre su mesita de noche, televisión, una rápida lectura al último número del Journal of the American Dental Association, para terminar con un buen trozo de pastel de chocolate.

Al día siguiente, el cansancio y la falta de sueño no le dejaban concentrarse en su trabajo y además había algo en su cabeza que no dejaba de martillearle. El sonido de su teléfono móvil la despejó momentáneamente.

-¿Si?

-Hola Marie, soy Laura.

-Hola Laura.

-Oye, he estado pensando... ¿Qué tal si quedamos y tomamos café?

-Muy bien, si quieres podemos vernos después de comer y hablamos.

-Ya te vuelvo a llamar yo.

El resto de la mañana transcurrió para Marie entre pacientes: un par de extracciones, dos raspados, cementar

una corona y una endodencia. Mientras comía volvió a sonar su móvil. Era Laura para concretar el lugar y la hora. Elegían las cafeterías más por su mobiliario y su decoración, que por la calidad del café.

Desde la calle, Marie pudo ver a Laura sentada en una mesa próxima a la entrada. Sujetaba con sus dos manos una taza de café humeante con los ojos cerrados.

-Hola Laura –dijo Marie sobresaltándola.

-Hija, qué nohecita he pasado –respondió Laura mientras Marie se acomodaba en su silla.

-Yo tampoco he podido dormir mucho ¿sabes?

-Primero me puse la radio, luego la televisión, leí, hice flexiones...

-Y acabaste comiéndote un buen trozo de pastel de chocolate –interrumpió Marie.

-No. De queso y frambuesas –puntualizó Laura.

-Pues yo terminé con uno de chocolate. No podía dejar de pensar en la historia de mi paciente, la que os conté a Irene y a ti.

-Yo tampoco he podido dejar de pensar en ella ¿sabes? –continuó Laura.

Las dos amigas quedaron en silencio. Marie tras dudar por un instante, se decidió a hablar.

-Es que su historia, me ha recordado algo parecido que me pasó hace mucho tiempo y sin querer, ha reavivado el recuerdo de alguien a quien ya creía haber olvidado.

Laura quedó pensativa dando vueltas al café que aún quedaba en su taza. Marie, también en silencio, con una sensación de haber cometido una gran equivocación observaba fijamente a su amiga.

-Y has decidido...

-Buscarle –interrumpió Marie-. ¡He decidido buscarle! Creo que mi paciente tiene razón, siempre lo llevas en el corazón hasta que un día... Y me quedó tanto por decirle, nos quedó tanto por decirnos. La idea de volver a verle ha producido en mí una emoción muy especial. ¿No crees que algo así alegraría mi monótona existencia? Pero hay un detalle...

-¡No hay un detalle! ¡Hay millones de detalles en los que pensar y ponerse a trabajar! –interrumpió Laura dibujando una sonrisa-. ¡Es mejor de lo que imaginaba! Mi mejor amiga, tiene una preciosa historia que contarme con todo lujo de detalles. Yo convierto su historia en un guión para una película, una película para encontrar a su antiguo amor de la infancia que siempre ha llevado en el corazón. Y es en los detalles donde está la clave; habrá que cuidar los detalles de esa historia para que ese chico, hoy todo un hombre que posiblemente esté casado y con hijos, se reconozca en esa película y sepa que le estas buscando. Será una película en la que la tensión se centrará en cómo la protagonista, consigue plasmar sus recuerdos en el guión y fusionarlos con cada escena. Y si todo sale bien, yo conseguiré una original película, tú te encontrarás de nuevo con tu chico y a él... quizá le destrochemos su matrimonio. Un momento, se me olvidaba Andrés ¿Qué va ha decir Andrés de todo esto?

5

Marie, sentada en uno de los bancos del jardín, contemplaba las últimas luces del atardecer. Una fresca brisa movía por la hierba algunas hojas secas y en su mente, como empujadas por esa misma brisa, iban y venían las palabras de Laura sin ningún control. A su lado, Andrés la observaba con cierta curiosidad. Esa mirada era la que solía poner Marie cuando algo importante ocupaba sus pensamientos.

No había encontrado todavía las palabras más adecuadas para explicarle a Andrés la aventura en la que las dos amigas habían decidido embarcarse.

-Andrés, no te he contado lo que me pasó el otro día en la consulta con una paciente... -esas fueron sus primeras palabras para introducirle en el tema.

Comenzó contándole lo de Isabel y su dentadura hasta llegar a la ocurrencia de Laura de escribir un guión juntas. Lo único que no le dijo es que se inspirarían en su propia historia.

Las palabras de Marie, hicieron que Andrés necesitara un instante para asimilarlas. No se esperaba nada parecido.

-¿Podrás con todo: el guión, tu consulta, tus publicaciones, tu tesis doctoral...? No sé si eres consciente de la cantidad de trabajo que se te puede acumular y últimamente no vas muy sobrada de tiempo libre. ¿No deberías reconsiderarlo?

-Cuando tenía once añitos –empezó a argumentar Marie-, mi padre me regaló un libro en el que escribió la siguiente dedicatoria: “Vuela sola o con la bandada, pero sé tú misma”. Y quizá este sea un buen momento para ponerla en práctica, porque ahí fuera, hay un montón de cosas que están esperando que las haga, hay un montón de vivencias y emociones...

-Pero ¿qué más necesitas? Hay mucha gente que daría cualquier cosa por llegar donde tú has llegado. Tienes un buen trabajo, has conseguido hacerte una buena clientela, tu consulta te va muy bien... ¿Qué es lo que buscas Marie?

-Yo busco buscar.

Las palabras de Marie, dejaron pensativo a Andrés.

-Bueno, es una idea original. Una chica que se pone a hacer una película para encontrarse con su... Oye, ¿no estarás tú buscando a nadie con la película que vais a hacer?

Marie desviando su mirada permaneció en silencio.

-No, ¿tú? ¡Imposible! –exclamó Andrés con cierto tono irónico-. ¿Qué vas a saber tú? Seguro que no te enamoraste de pequeña ¡No puedes tener idea! Si aún te tendré que escribir yo el guión -y con tono de resignación añadió-. Bueno chica, infórmate, pregunta a la gente y que te cuenten sus historias y empieza a escribir.

Esa misma noche, Marie se puso a escribir lo que se convertiría en las primeras escenas de la película. Cuando el cansancio comenzó a vencerle, cerró su libreta, dirigió la mirada hacia una de las estanterías de la habitación, se levantó y cogió una vieja carpeta con recuerdos que hacía años que no abría. Fue pasando unas fotos en blanco y negro hasta que se detuvo en una de ellas observando cada uno de los detalles: las luces, las sombras, las texturas, la gama de grises. Al ir pasándolas, fue fijándose en unas fechas escritas a mano en el dorso. Y una cascada de recuerdos se precipitó en su mente. Cerró los ojos y experimentó una sensación muy parecida al miedo.

6

Laura estaba en el ático donde vivía ultimando los preparativos para comenzar a trabajar en cuanto llegara Marie. Sobre una mesa junto a una de las ventanas, su ordenador, unos folios para tomar notas y una pequeña grabadora.

Tras saludarla, le invitó a entrar y acomodarse. Marie comenzó a recorrer con su mirada la acogedora estancia cuidadosamente decorada con motivos cinematográficos. Laura ejerciendo de anfitriona preguntó:

-¿Qué te apetece tomar?

-Elige tú, siempre has tenido muy buen gusto –contestó Marie ligeramente nerviosa.

Laura se le acercó sujetando dos copas de vino blanco muy frío que aún de pie, comenzaron a saborear. Marie, todavía algo nerviosa se sentó junto a su amiga.

-Bueno ¿Por dónde quieres empezar?

-Buena pregunta Laura ¿Te parece... por el principio?

Laura se terminó de acomodar en su silla, se puso sus gafas, conectó la grabadora, situó sus manos sobre el teclado del ordenador y con un leve gesto, indicó a Marie que comenzara.

-¿Te acuerdas de la escuela de tenis a la que fuimos de

niñas? En verano, los sábados por la mañana solíamos ir a las pistas de tenis junto a la playa. Aún recuerdo la cantidad de pelotas que tirabas fuera de la pista por tu manía de no cerrar el golpe ¡Cierra más la raqueta Laura! -te gritaba continuamente el monitor-. Un día uno de tus fantásticos reveses, mandó la pelota cerca de un grupo de niños. Uno de ellos la cogió y te la devolvió. Yo estaba detrás de ti y vi cómo se quedó como petrificado mirándome. Seguí jugando como si nada. Cuando llegó mi turno para sacar, me situé al fondo de la pista y seguía mirándome, lancé la pelota con todas mis fuerzas y todavía estaba ahí siguiéndome con su mirada. Supongo que le debí gustar lo suficiente como para quedarse sentado cerca de la pista sábado tras sábado observando cómo jugaba. Yo también le buscaba con la mirada durante las clases y si alguna vez no estaba, no pasaba nada, con la naturalidad y la simpleza con que sólo los niños son capaces de contemplar la vida, me dedicaba a jugar al tenis. A esa edad, el tiempo es un bien abundante que se despilfarra sin valorarlo en su justa medida.

-¡No puede ser! Tú, la modosita, fría, calculadora, estudiosísima y aplicadísima Marie, flirteando a esa edad mientras yo sudaba para poder devolver la pelota al monitor con un aceptable golpe de revés –interrumpió indignada pero sonriente Laura.

Marie, levantó una de sus cejas y dibujando una media sonrisa, siguió con su relato.

-Con el tiempo fueron sucediéndose sus ausencias hasta que dejé de verle. Nunca se atrevió a acercarse, nunca hablé con él, no sabía ni su nombre, pero dejaría su huella en mi memoria.

-¿Y tú crees que una experiencia, que un recuerdo tan fugaz, puede producir semejante efecto? Bueno, no hace falta que me contestes. Sigamos con la historia de la jovencita impresionada por el niño tímido y angelical –dijo Laura con cierto tono burlón.

Marie, sin mirarla, prosiguió su narración tras tomar un largo trago de vino y respirar profundamente.

-No recuerdo cuántos años pasaron hasta que lo volví a ver convertido en un chico muy interesante. El niño de las clases de tenis, estaba delante de mí. Su mirada, su voz que era la primera vez que la oía, el contacto con su piel, hasta su olor, me produjo una sensación electrizante.

-¡Para un momento! ¿Cómo es que lo volviste a ver?

Marie, haciendo un gesto como de volver a la realidad, la miró fijamente a los ojos y cambiando el tono de su voz, le empezó a explicar:

-A él, siempre le gustó la fotografía. Tenía un laboratorio y un estudio en el que se dedicaba a fotografiar a sus amigas, a conocidas, compañeras de facultad, amigas de sus amigas... y así es como apareció. Una de mis mejores amigas, quizá mi mejor amiga, me preguntó si me gustaría que me hicieran unas fotos de estudio para un concurso fotográfico.

Laura se levantó apartando bruscamente la silla donde estaba sentada.

-¡Dime que no es verdad! ¡Dime que te lo estás inventando! Pero si fui yo quien te lo presentó grandísima... Y era yo quien salía con él, y como necesitaba caras nuevas para sus fotos, qué mejor que mi gran amiga de toda la vida, mi amiga de las clases de tenis. No, si eso me pasó por tonta, si es que no se puede confiar en nadie hoy en día.

Intentando no alterarse, Marie continuó su narración.

-Y así fue cómo tú, sin saberlo, nos concertaste una cita para que me enseñara algunas de sus fotos y me fuera explicando lo que pensaba preparar para ese concurso. ¿Recuerdas? Estaba sentado en un café esperándonos. Y como siempre, llegabas tarde, pero como me dijiste, el pobre ya estaba acostumbrado. A ti te pasó desapercibida su cara al volver a verme después de tanto tiempo. Nos presentaste, nos sentamos y comenzó a enseñarme unas fotos que traía en una carpeta y a explicarme cómo las había hecho y las ideas que se le habían ocurrido para el concurso.

-No sigas bonita –interrumpió Laura-, que lo que viene ahora no hace falta que me lo cuentes. Quedasteis en su casa para las sesiones fotográficas ¿no?.

-Sí, pero entre los dos hubo algo más que simples fotos. Supongo que detrás de su cámara, se escondía la misma timidez del niño que me observaba de lejos durante mis clases de tenis. ¿Sabes? Creo que había algo mágico cuando nuestras miradas se encontraban.

Cuando iba revelando las fotos, me llamaba y quedábamos para verlas e ir seleccionando las mejores. Después de los tres primeros carretes, me dijo que su profesor de fotografía pensaba que para encontrar una foto realmente buena, había que hacer cien. El caso es que había que preparar tres fotos lo que según su profesor, supondría poder quedar bastantes más veces.

-Y mientras, salía conmigo ¿recuerdas?

Marie asintiendo con la cabeza continuó.

-Cuando ya seleccionamos las tres fotos, necesitó

una buena excusa para volver a verme.

-¿Más fotos? –preguntó irónicamente Laura.

-No ¡tenis! Recuerda que yo siempre he jugado mucho mejor que tú al tenis. De esta forma, no dependía del calendario de concursos fotográficos y era un deporte que a los dos nos gustaba practicar. No era demasiado comprometido y en caso de necesidad o de que tú te pusieras celosa, podría acabar todo con un ¡Bueno sólo es tenis!

Marie hizo una pausa para darse un respiro y encontrar las palabras precisas para seguir su narración.

-Quizá los dos estábamos esperando del otro una señal que indicara que había algo más que amistad, fotos y tenis entre nosotros. O quizá yo esperaba que las cosas entre vosotros no fueran bien.

-¿Y llegó esa señal? –interrumpió Laura sin dejar de mirar a la pantalla de su ordenador.

Marie, guardó silencio y sin contestar a su amiga, prosiguió.

-Ese verano, tuvimos más oportunidades de vernos que durante el curso, ya que la chica con la que salía, se fue a un interesantísimo viaje por Europa.

Marie se levantó y dejando que su mirada se perdiera por una de las ventanas, continuó su narración.

-Un día de ese verano, nos fuimos de madrugada a la playa porque quería hacer unas fotos del amanecer sobre el mar. Supongo que aún las conservará. ¿A ti te llevó alguna vez a ver amanecer en la playa?

-No –contestó secamente Laura.

-Eso me dijo. No era fácil encontrar una chica dispuesta a madrugar para ver salir el sol, y se alegraba de que a mí no me importara despertarme a esas horas para acompañarle.

7

El característico olor a clínica dental, producía en Isabel una visceral sensación de intranquilidad. Llevaba algunos minutos sentada en el sillón esperando a que llegara la doctora Duchamp.

-¡Si es mi paciente favorita! ¿Cómo está Isabel?

-Bien doctora, ¿Y usted?

-Muy bien. Luego al terminar, le contaré. Ahora necesito que se ponga cómoda. Apoye bien la cabeza y cuando se lo diga abra bien la boca para ir poniéndole la anestesia. Es un poco molesto, pero si en algún momento necesita que pare, levante su mano izquierda.

-Doctora, si yo estoy tranquila y relajada, usted podrá trabajar mejor ¿no es así?

Marie asintió con un gesto de sorpresa.

-Nuestro cerebro –continuó la paciente-, está al control. Permítame que me relaje para que usted pueda hacer su trabajo confortablemente.

Isabel cerró un instante sus ojos e inspiró profundamente. Abrió de nuevo los ojos y dirigiéndose a la doctora:

-¿Ve qué fácil? Ya puede empezar.

La doctora Duchamp colocó el tubo del aspirador en la boca de su paciente, dirigió el foco de luz para tener un buen campo de visión y accionando el pedal de la turbina, comenzó a tallar uno de los incisivos laterales de su paciente. Los primeros e inseguros toques de la fresa, fueron seguidos por ágiles y decididos movimientos al ir comprobando que realmente la sensibilidad de los dientes de su paciente estaba bajo control.

-¡Enhorabuena Isabel! –exclamó la doctora al terminar su trabajo- ¡Se ha portado muy bien. Es increíble lo bien que lo ha hecho!

-Yo le explicaré –le interrumpió Isabel-. Lo simple, a veces, resulta muy difícil y complicándolo nos justificamos para no hacerlo. ¿Quién decide dónde está el límite de nuestras propias capacidades? ¿Sabios como los que pensaban que la Tierra era el centro del universo? ¿Eminencias como las que pensaban que la Tierra era plana? ¿O científicos como los que pensaban que los rayos X eran inofensivos? A veces, las grandes cosas se manifiestan a la gente sencilla y quedan ocultas para los sabios.

-Eso mismo digo yo –apuntó Marie- ¿Cómo podría hacerle entender a Andrés -Andrés es mi novio-, que soy capaz de hacer muchas más cosas de las que él se cree? Porque ¿sabe?, estoy escribiendo el guión de una película con una amiga mía que trabaja en el cine. Y ha sido por usted, por lo que me contó de su primer gran amor. Me vino a la memoria algo parecido que me sucedió a mí de niña. Y es verdad lo que me dijo: su recuerdo lo he llevado latente en mi

memoria y usted lo ha hecho aflorar de nuevo. Lo que pasa es que mi amiga, la que está escribiendo el guión, fue su novia, y esto está complicándolo todo un poco y además está Andrés, mi novio, que no sé cómo reaccionará si se entera de que todo esto de la película, es para encontrarle y volver a verle y decirle tantas cosas.

8

Para Marie, su trabajo y su vida, no habían cambiado sustancialmente, pero se sentía más animada, más optimista, ya no le costaba tanto sonreír, era como si le hubieran administrado una inyección de vitalidad.

Siempre llevaba una pequeña libreta en la que en los ratos libres o entre paciente y paciente, iba anotando sus recuerdos. Alguna frase o alguna palabra de un paciente, le inspiraba y sin dejarlo para más tarde, se ponía a escribir.

Empezó a interesarse por la vida de sus pacientes. Le cautivaba todo lo que contaban acerca de sus recuerdos y de sus experiencias, de sus tristezas y alegrías, de sus preocupaciones... Y eso hizo que algunos pacientes estuvieran encantados de que la doctora escuchase “sus tonterías”.

Fue entonces cuando empezó a oír de sus pacientes expresiones a las que no estaba acostumbrada: ¡Gracias por su paciencia doctora! ¡Qué amable ha sido conmigo! ¡Gracias por tratarme con tanto cariño y además no me ha hecho nada de daño! ¡Que Dios la bendiga! ¡Se lo tengo que contar a mis hijas, que ellas nunca me escuchan y dicen que soy una pesada! ¡Tiene muy buenas manos, pero además se sienta a tu lado y te escucha y se interesa por tí y te relaja y te transmite mucha seguridad! –le decía una paciente a otra en la sala de espera de la clínica dental.

9

Los días del final del invierno, iban alargando. Marie y Andrés paseaban apurando la última luz del atardecer mientras charlaban.

-Nunca me había pasado y esta mañana, justo esta mañana, me ha venido un paciente al que se le ha descontrolado su periodontitis.

-Y está perdiendo hueso –interrumpió Marie con cara de preocupación.

-Ahora tendré que modificar todo el tratamiento, y eso me tiene preocupado.

-Pues yo también estoy preocupada por una de mis pacientes. Hace tres años que se le murió un hijo y la pobre todavía no lo ha superado.

-¿Y eso que tiene que ver con sus dientes? –preguntó Andrés.

-No lo sé.

Ambos siguieron paseando en silencio durante un buen rato hasta que Andrés con un cierto tono de curiosidad y escepticismo preguntó:

-¿Y cómo va tu película?

-¡Bien! Laura ya ha empezado a escribir y de momento, parece que la historia le interesa.

-Sigues empeñada en malgastar tu tiempo ¿no?

10

Laura y Marie habían acordado reunirse una vez por semana, a ser posible los viernes por la tarde, para ir escribiendo el guión. Laura con un criterio más profesional impuso un estricto horario de trabajo y un calendario con objetivos concretos que habría que ir cumpliendo puntualmente. En los próximos dos meses, deberían tener escritos unos cuarenta folios esbozando el comienzo, el desarrollo con diferentes situaciones y conflictos a resolver y el final de la historia.

-Creo que –empezó a decir Laura al tiempo que ordenaba unas notas sobre la mesa-, deberíamos incluir alguna escena de celos.

-¿Celos? –preguntó Marie.

-Sí, celos. Recuerda que estabas jugando con fuego. ¿No estabas celosa de que tu niño saliera conmigo?

Marie quedó pensativa, en silencio, mirando la libreta con sus anotaciones.

-Sí, sentía celos, pero sabía que no tenía derecho a exteriorizarlos.

-Bueno Marie, pues vamos a incluir alguna escena de celos para ir poniendo un poco de tensión en la película ¿Me la cuentas tú o me la invento yo?

Marie se levantó y se puso a pasear como intentando ordenar sus recuerdos.

-En una ocasión, igual te parece una tontería, Álvaro me llamó por teléfono porque quería enseñarme un montaje de vídeo que había hecho con sus fotos y música de fondo. Vino a casa con su cinta de vídeo y nos pusimos a verla. Había incluido fotos de un montón de chicas, pero no había ninguna de las mías. Eso hizo que me sintiera muy incómoda. ¿A caso mis fotos no eran lo suficientemente buenas para estar incluidas en esa selección? Cuando me preguntó si me había gustado el vídeo, le contesté con un frío ¡Si bueno, no está mal! Supongo que con lo satisfecho que se sentía de su pequeña obra de arte, mis palabras fueron como un jarro de agua fría.

Laura dejando de escribir en su ordenador, miró a su amiga.

-¡Pero qué ignorante! ¿No te diste cuenta que tampoco había fotos mías? ¡Y mira que me hizo fotos! ¿No lo entiendes? En ese vídeo sólo había fotos de modelos, pero tú y yo, estábamos en otro grupo, estábamos entre las chicas que realmente le importaban. Bien, esto puede ser interesante para la película ¿Recuerdas algo más?

-Una tarde de ese verano. Tú ya habías vuelto de tu viaje. Quedé con Álvaro para jugar al tenis. Durante la partida el pobre se hizo un esguince en un tobillo. Luego quedamos para ir juntas a su casa y hacer unas cuantas fotos divertidas. No pude soportar ver cómo te hacía fotos con esa complicidad entre los dos.

-¡Buena escena! –Interrumpió Laura con cierto tono irónico-. Álvaro dolorido por su esguince, tú incómoda, celosa y sin poder decir nada, yo ajena a todo, sin enterar-

me de lo que llevabais entre manos. Sí, recuerdo que esa noche nos tuvimos que volver andando a casa porque él no podía conducir por el dolor que le producía su esguince. ¡Muy bien! No son gran cosa, pero ya tenemos un par de escenas con cierta tensión para trabajar sobre ellas.

11

El trabajo seguía a buen ritmo gracias a la compenetración y a que la comunicación entre las dos viejas amigas, cada vez era más fluida. De ordinario Marie comenzaba a expresar una idea y Laura la continuaba y la desarrollaba como si la estuviera leyendo en su mente.

-Era uno de esos chicos especiales que conseguían que te dieras cuenta de los millones de cosas que te quedaban por descubrir –comenzó su relato Marie-. Prefería leer a Bécquer en lugar de leer a Nietche; un buen libro a una cinta de video; una puesta de sol a la televisión; las tiendas pequeñas a los grandes almacenes; y cómo no, Mozart a U-2. Una noche me invitó a escuchar un concierto de un cuarteto de cuerda porque algo había pasado entre tú y él y prefirió ir conmigo. Al entrar en su coche lo vi apoyado en la puerta y le pregunté si pensaba darme un beso o si se iba a quedar así sin saludarme. ¡Un rato tímido sí que era el chico! Pero no te puedes dar idea de lo bien que sonaba Mozart a su lado. Al salir, intentábamos protegernos de la lluvia bajo mi pequeño paraguas hasta llegar a algún sitio donde poder tomar algo. No quise sentarme enfrente de él, y por eso le dije que prefería estar a su lado. Esa noche empezó siendo muy especial y quería que siguiera siéndolo.

Acostumbrada a restaurantes de comida rápida con

refrescos burbujeantes, Álvaro fue despertando mis sentidos con los diferentes sabores y olores de los quesos y patés que eligió para cenar, especialmente cuando comenzó a explicarme el tipo de vino más adecuado para nuestra cena, cómo apreciar mejor su aroma y cómo paladearlo captando todos y cada uno de sus matices. Y todo aquello envuelto por la tenue luz de la vela que alumbraba nuestra mesa.

-La vida está llena de millones de pequeños detalles con los que emocionarse –me decía mientras hacía girar el vino en su copa con un delicado movimiento de su mano-. Lo importante es saber qué cosas son las que realmente valen la pena, y esas son las que no se pueden conseguir con dinero. Haz una lista de cosas que no puedas comprar y pon todo tu empeño en conseguirlas. Y cuando te cueste trabajo, encuentres más dificultades de las previstas, o cuando te invada el desánimo, no te rindas, lucha, ¡sigue mar adentro!

Debemos saborear despacio y guardar en nuestro recuerdo la luz de esta vela, el aroma a madera de roble del vino y nuestros sentimientos, lo que tú sientes por mí y lo que yo siento por ti. Y así, cuando estemos lejos el uno del otro o en una situación difícil o nos sintamos tristes, seremos capaces de revivir este momento y recuperar la alegría y el ánimo para luchar en la vida.

Y esa fue la última vez que lo vi –concluyó Marie conteniendo la emoción.

-Muy bien y ¿qué más? –preguntó Laura mirando con indiferencia la pantalla del ordenador.

-No hay más. Eso fue todo.

-Puede que eso fuera todo entre Álvaro y tú, pero con esto nuestra película duraría media hora con mucha suerte. Lo que queremos es escribir el guión para un largometraje, no el guión para un corto. Seguro que quedan cosas entre Álvaro y tú que no me has querido contar.

Marie permaneció en silencio mirando sus notas.

12

El trabajo de Laura le había obligado a ausentarse de la ciudad durante unas semanas. En ese tiempo, Marie, debía preparar algunos folios con más detalles de su historia para poder ir completando el guión. Ya había escrito todo lo que guardaba en su memoria y sentía su cabeza como vacía. ¡No había de donde seguir sacando! Su historia con Álvaro, fue entrañable, intensa, pero breve. Quizá Laura tuviera razón con lo de hacer un corto. Pero no pensaba darse por vencida.

No podía defraudar a Laura y no sabía muy bien cómo, pero a su vuelta del rodaje, le tendría esos folios escritos puntualmente. Esto empezaba a no ser tan divertido.

Esa tarde, al terminar la consulta, Marie andaba bajo su paraguas intentando refugiarse de la intensa lluvia que estaba cayendo. Una voz familiar la sobresaltó.

-Hola doctora ¿qué tal te va?

Marie inclinó su paraguas hacia atrás para ampliar su campo de visión y ver quien la saludaba. Era Marcos uno de sus pacientes, que al tener su despacho de abogado cerca de su consulta, hacía que se encontraran por la calle con bastante frecuencia.

-Hola Marcos, no te había visto, como iba mirando hacia el suelo...

-¿Saliendo de la consulta?

-Ya ves y hoy se me ha hecho un poco más tarde porque me he quedado a escribir un poco.

-¿Algún artículo?

-Ah no, es que estoy escribiendo un guión para una película.

-¡Una película! Eso es muy interesante ¡Mi dentista favorita se va a hacer famosa! Oye, si necesitáis algún extra, yo estaría dispuesto... ¿Y de que trata?

-Bueno, no es fácil de explicar.

-Si tienes un rato ¿por qué no nos sentamos en un café y me la cuentas? Me gustaría.

A escasos cincuenta metros de donde estaban había un café que ambos conocían bien. Una vez acomodados, Marie empezó haciendo un resumen del argumento para continuar leyendo algunas de las escenas.

-Es una historia muy romántica. Me gusta y creo que también le gustará a la gente. Y es que hace que te identifiques con los personajes, a mí también me ha recordado a una niñita que me gustaba en el colegio... –quedó en silencio con un gesto pensativo.

-¿En que estás pensando? –preguntó curiosa Marie.

-Toma, aquí tienes una tarjeta mía, porque supongo que tendrás que registrar la propiedad intelectual del guión, y para eso a lo mejor te viene bien un abogado especializado en el tema.

13

A veces, encontrar la inspiración no resultaba una tarea fácil. Eso sí, la buscaba con empeño y cualquier sitio era bueno para sentarse a escribir un rato: su consulta, la arena de la playa, la biblioteca, un jardín, una cafetería, el asiento de su coche y libros y novelas y películas y videos...

Volvió a pasear por los mismos lugares, sentarse en los mismos cafés, escuchar el sonido de las olas del mar, la melodía de una guitarra, una puesta de sol... Y en el sitio más insospechado y de la forma más sorprendente, surgió esa idea que le permitía escribir algunos párrafos más.

14

El rodaje se prolongó un poco más de lo previsto retrasando el regreso de Laura, pero una vez en casa, las dos amigas prosiguieron sus reuniones de trabajo. Marie, con un montón de páginas escritas archivadas en un disquete para poder trabajar sobre ellas en el ordenador y Laura con unas cuantas buenas ideas en su cabeza.

Ese viernes, habían quedado para verse en casa de Laura. Primero cenarían y luego se quedarían hasta tarde trabajando.

Marie, después de pasar consulta esa tarde, cogió su coche para dirigirse a casa de su amiga. Mientras, Laura comenzaba a preparar la cena. Marie decidió poner un poco de música para relajarse durante el trayecto. Echó un vistazo a su derecha hasta que encontró el CD que quería escuchar, lo cogió con su mano y al intentar introducirlo en el lector, se le cayó entre sus pies.

Laura se dirigió al refrigerador para sacar el recipiente donde había dejado marinando unos filetes de lubina. Como tenía las dos manos ocupadas, rodeó con su dedo corazón el cuello de una botella de vino blanco y al ir a cerrar la puerta de la nevera con un automático golpe de

cadera, notó como algo se deslizaba por sus dedos y luego oyó el ruido de la botella al caer al suelo quedando durante unos segundos paralizada y asustada.

Tras varias llamadas a Marie sin contestar, el ceviche de lubina estaba preparado y dispuesto para servirlo. Laura, vencida por el sueño, estaba tumbada en el sofá con el mando del equipo de música en su mano izquierda. Era casi media noche cuando el timbre del teléfono la despertó y sobresaltada pudo oír la voz de Irene que le contaba apresuradamente que Marie había tenido un accidente con el coche, y que estaba ingresada en cuidados intensivos porque la habían encontrado inconsciente.

Laura tardó unos instantes en convencerse de que su conversación telefónica no era una pesadilla y que estaba despierta. Con movimientos aún un poco torpes, se dirigió a su habitación para buscar su bolso, las llaves de su coche y algo de abrigo para ponerse encima.

A esas horas no encontró mucho tráfico hasta llegar al hospital. Con paso acelerado se dirigió hacia el mostrador de la recepción donde se encontró a Andrés quien con voz cansada, le dio más detalles de lo sucedido. Creyó que sus piernas no la mantendrían en pie cuando oyó que Marie estaba en coma, con algunas fracturas y heridas de consideración. Miró a su alrededor buscando un asiento en el que dejarse caer e intentó controlar el ritmo de su respiración al tiempo que un zumbido en sus oídos ahogaba las palabras de Andrés.

15

Isabel permanecía sentada en el sillón dental contemplando el cuadro que había colgado en la pared frente a ella. La doctora Duchamp debía cambiarle sus carillas provisionales por otras definitivas de porcelana. Mientras se prolongaba la espera, una bandejita metálica con instrumental perfectamente ordenado, captó su atención por unos instantes.

Tras el ruido de la puerta del gabinete dental, Isabel esperaba oír la voz de Marie.

-Buenas tardes, usted debe ser Isabel.

La paciente, sorprendida, giró bruscamente su cabeza hacia la voz que no le resultaba familiar.

-¿Y la doctora? Tenía cita con ella.

-No ha podido venir. Yo me estoy haciendo cargo de sus pacientes mientras se recupera –dijo con voz pausada Andrés.

-¿Está enferma?

-No exactamente. Ha tenido un accidente de coche y está ingresada en el hospital. Está en coma y no sabemos cuánto tardará en ponerse del todo bien -Andrés se sentó junto a la paciente-. Según los datos de su historia, hoy

debería cementarle sus carillas de porcelana definitivas.

-Y usted es un compañero de la doctora ¿no? –interrumpió Isabel.

-Sí, bueno, en realidad soy algo más que eso... Nos íbamos a casar...

-¡Su prometido, el prometido de la doctora! -exclamó Isabel, con un gesto de alivio-. Bueno, entonces es la persona más indicada.

-Puede estar tranquila. Sus carillas le quedarán bien, como si se las hubiera puesto la doctora –dijo Andrés para ganarse la confianza de la paciente.

-No, no me refería a eso. Ya supongo que tiene buenas manos doctor, y no dudo de su profesionalidad.

-Entonces ¿a qué se refiere?

-Me explicaré doctor. Usted querrá que Marie se ponga bien cuanto antes. Y entre ustedes hay algo especial, hay sentimientos, hay calor, hay comprensión, hay amor. Y eso es muy importante para la doctora en estos momentos. Siempre que pueda, estése junto a ella, acaríciela, apriétele sus manos ¡con fuerza! Que le sienta, y háblele, háblele mucho de sus proyectos, de cosas que le ilusionen, de lo mucho que la quiere, de lo mucho que la echa de menos, de lo mucho que usted la necesita. Ya sé que piensa que no le puede oír. Eso es lo que les enseñan a ustedes en la Facultad, pero hágame caso y hable con ella doctor, hable con ella.

16

Era una mañana templada y luminosa del comienzo de la primavera. Laura se quedó contemplando el verde de los brotes de los árboles a los que la luz del sol de primera hora de la mañana, prestaba un brillo muy especial. Mientras paseaba, saboreaba la agradable sensación que la suave brisa producía en su cara y aspiraba con avaricia el estimulante olor a césped recién cortado.

Se sentó en uno de los bancos y abrió la carpeta donde Marie guardaba sus notas y comenzó a leerlas reavivando en su mente imágenes y escenas arrinconadas en su memoria durante tanto tiempo y ya casi olvidadas.

Si, valía la pena –pensó tras un largo periodo de reflexión-. Sería ella quien acabaría de escribir el guión con sus propios recuerdos. Isabel, la paciente de su mejor amiga, había despertado en ella los mismos sentimientos que en Marie, pero fue esta quien se le adelantó.

Cerró la carpeta y comenzó a escribir en unos folios en blanco: El verano estaba terminando para cuando Laura regresó de su viaje, pero Álvaro no era el de antes, su mirada perdida, sus frases sin acabar, su actitud ausente, sus llamadas telefónicas cada vez más espaciadas. Con Marie,

todo le iba bien, compartía con ella sus aficiones preferidas y Laura, competía con desventaja en ese terreno. Marie, llenaba el vacío que Laura dejaba al estar demasiado ocupada en ella misma. Pero la situación se hacía más y más insostenible para Álvaro hasta que una tarde, con Laura, le fue describiendo con una sinceridad desgarradora sus sentimientos.

Por unos instantes creyó notar el mismo escalofrío y la misma sensación de vacío y soledad que experimentó hacía ya tanto tiempo. Volvió su mirada hacia el papel, y con un enérgico movimiento de su mano derecha tachó, casi con rabia, lo que acababa de escribir. ¿Era un interés únicamente profesional lo que le movía?

17

Iban pasando los días y Marie permanecía en coma en el hospital; su situación no mejoraba, pero tampoco empeoraba y todos a su alrededor, empezaban a prepararse psicológicamente para una larga y desesperante espera.

Laura seguía escribiendo y para entonces, el guión estaba casi terminado y listo para las correcciones. Esa tarde, sentada frente a su ordenador, había escrito, corregido, modificado, borrado y vuelto a escribir varias veces el final de la película. ¿Era realmente el final que hubiera deseado Marie? ¿Era el final capaz de conmover y emocionar a los espectadores? ¿Era el final capaz de hacer reaccionar a Álvaro?

El timbre de la puerta la hizo volver a la realidad. Era la voz de Andrés. Había salido a dar un paseo para despejarse y relajarse y al pasar cerca de casa de Laura quiso llamar y ver si era buen momento para charlar. Una vez en el ático, Andrés comenzó a explicarle con todo lujo de detalles la situación de Marie para terminar contándole lo mucho que la echaba de menos, la angustia de la espera, lo desesperante que resultaba el no poder hacer nada por ella y lo mucho que necesitaba contarle todo esto a alguien.

Laura compartía gran parte de los sentimientos que Andrés acababa de describir y posiblemente era una de las personas que más podía comprenderle en ese momento. Para animar un poco la conversación, sentó a Andrés frente a su ordenador para mostrarle algunas escenas del guión. Al principio era Laura quien le llevaba de escena en escena, pero en un momento dado fue Andrés quien tomó el control del cursor y lo llevó hasta el comienzo del texto. Permaneció leyendo con gran interés cada una de las líneas de la pantalla. Laura en silencio observaba sus gestos e intentaba imaginar la sensación que le iba produciendo la lectura de su guión.

No había terminado de leer la última escena cuando sin saber por qué, dirigió su mirada hacia la carpeta donde estaban guardadas las notas manuscritas de Marie. La abrió y comenzó a leerlas hasta que se detuvo en unas fotos con unas fechas escritas a mano en el dorso. Su mirada se cruzó con la de Laura y durante un instante, permanecieron en silencio. Andrés comenzó a dibujar en su rostro una expresión como de empezar a entenderlo todo. Se levantó y con una suave caricia en la mejilla de Laura se despidió.

18

El resto de la semana fue de una actividad frenética para Andrés compaginando el trabajo en su consulta y en la consulta de Marie, a lo que había que añadir las cada vez más frecuentes y largas visitas al hospital.

Andrés procuraba estar el máximo tiempo posible junto a Marie. Al principio se sentaba junto a ella y pasaba largos ratos contemplando en silencio las pantallas de los aparatos que monitorizaban sus constantes vitales sin atreverse a mirar su pálida y cada vez más delgada cara. Pasaron varios días hasta que se decidió a acariciarle su mano izquierda libre de goteros, cogerla y apretarla con fuerza y acercándosela a su mejilla, empezar a susurrarle.

Le empezó a describir aquella preciosa mañana de primavera, la brillante luz del sol en los jardines y la sinfonía de colores y el intenso olor a azahar que tanto le gustaba a ella porque le recordaba su niñez... Fue entonces cuando notó una leve presión en sus dedos y un ligero cambio en las gráficas de los monitores. Continuó hablándole de lo mucho que la echaba de menos y de lo mucho que necesitaba su compañía. Le habló de su película y le contó que Laura ya tenía terminado el guión. Le habló del rato que

pasó leyéndolo y de lo mucho que le gustó y le emocionó. Le habló de que sería una gran película con un final conmovedor. Le habló de la cantidad de gente que esperaba y necesitaba que se pusiera bien. Le habló de lo mucho que la echaban de menos sus pacientes. Y le habló de Álvaro... del intenso color rubí de una copa de vino tinto a la luz de una vela, del aroma a madera de roble y de lo bien que puede llegar a sonar un cuarteto de cuerda una noche lluviosa junto a la persona a la que quieres.

Se hizo la hora de volver a su trabajo. Andrés se levantó, cogió sus cosas y cuando su mano ya estaba empujando la puerta de la habitación, permaneció inmóvil y dubitativo, se volvió hacia Marie y acercando su cara a la de ella, le susurró al oído: No te rindas Marie, lucha, ¡sigue mar adentro!

19

Tres días más tarde, Marie despertó del largo sueño en el que estuvo sumida y necesitó menos tiempo del previsto para poder volver a casa. En cuanto le fue posible, Laura fue a visitarla para llevarle el guión de su película terminado.

Durante las sesiones de rehabilitación, Laura le iba leyendo a Marie la parte del guión que escribió sola durante su hospitalización. El escuchar su narración hacía más soportable los dolorosos ejercicios.

Marie ocupaba su tiempo en leer y retocar algunas escenas, añadir otras que según su criterio eran importantes, eliminar unas cuantas en las que de ningún modo conseguía verse identificada y por supuesto cuidar los detalles importantes en los que debía verse reflejado Álvaro. Y llegó el momento de ponerle título a la película. Marie logró convencer a Laura tras alguna amistosa pelea de que “Isabel” era el título perfecto, ya que fue ella la chispa que encendió toda esta gran hoguera. Pero Laura seguía preocupada por la escena final. No sabía si era así como Marie quería que terminara su historia.

Iban pasando las semanas y la primavera iría dejando paso al verano. Marie con mucha constancia y fuerza de

voluntad, había hecho grandes progresos en su recuperación. Sólo necesitaba ayudarse de una muleta para poder andar y sus paseos cada vez eran más largos antes de que su pierna se fuera cargando y haciendo más pesada.

Al igual que Isabel, su paciente, era ella ahora la que debía poner todo su empeño en estar “guapa”. Marie intentaba acelerar su programa de rehabilitación pues Laura le había dicho que si todo iba como estaba previsto, el rodaje empezaría en la primera quincena del mes de julio.

20

¡Silencio... motor... acción!... No todo fue como estaba previsto y el rodaje no comenzó hasta bien entrado el otoño. Fue laborioso encontrar actores de diferentes edades con cierto parecido físico entre ellos y que además supieran jugar al tenis: Esta jovencita juega bien al tenis, pero le saca dos palmos al protagonista ¡con lo que nos costó encontrarlo! Esta otra está bien de físico, pero en su vida ha cogido una raqueta de tenis. Este sí, pero... Esta puede, aunque... Quizá este podría si...

Y por fin estaba allí contemplando todo el despliegue de medios técnicos, focos, cables, pantallas y gente, mucha gente yendo de un lado para otro. Todo lo que dejaba admirada a Marie, formaba parte de la rutina de trabajo de Laura. Fue esta quien insistió en tener a Marie cerca durante el rodaje porque quería contar con su opinión.

Marie permanecía sentada junto a Laura, procurando moverse y hablar lo menos posible. Nunca había visto dirigir a su amiga. No se parecía en nada a como ella se lo imaginaba. Era fascinante poder vivir esa experiencia. Fascinante y emocionante, muy emocionante ver cómo los actores recreaban esos cachitos de su vida. Era un sueño haciéndose realidad.

Con frecuencia, Laura miraba a Marie buscando algún

gesto de aprobación. Más de una vez, sólo por la expresión de su cara, sabía si debía repetirse o no la escena.

A medida que transcurría el rodaje, Marie empezó a experimentar una curiosa sensación. Aunque los actores no se parecían físicamente a los verdaderos personajes de la historia, era increíble con qué realismo interpretaban los sentimientos y las emociones que ella misma experimentó en la vida real y que en algún momento, arrastrada por la interpretación de los actores, revivía con una inesperada intensidad hasta llegar a oír únicamente los latidos de su corazón.

Laura, con un interés que a veces excedía lo meramente profesional, cuidaba, mimaba y pulía hasta rozar la perfección, toda esa infinidad de pequeños detalles en los que Álvaro debía reconocerse. No obstante, la escena final era lo que más preocupaba a Laura. En esta escena no se trataba de recrear una situación vivida por Marie o por ella misma. Se trataba de crear algo que todavía no había sucedido y que no era sólo el final de la película, era algo más, había que lograr que fuera el comienzo, o mejor dicho, la continuación de una preciosa historia adormecida durante años.

Esta cuestión le pesaba a Laura como una losa de granito sobre sus hombros. En su mente había repasado escenas famosas de películas famosas con actores famosos interpretando encuentros famosos. Lo que sí tenía claro era que no debía ser un encuentro casual, sería pedirle mucho a la casualidad. Debía ser él quien tras ver la película y captar el mensaje, la buscara a ella. Eso sería una sutil forma de inducir a Álvaro a hacer lo mismo. Y sin mucho diálogo. Se mirarían el uno al otro mientras la música se encargaba de ponerle la carga emotiva a la escena junto con un movimiento de cámara envolvente. Bien ya están el uno frente al otro y entonces... ¿se besan...? ¿se abrazan...? ¿se...? ¡Dios, me va a estallar la cabeza!

21

Esa mañana, el trabajo había ido fluido y sin interrupciones. Marie aprovechó uno de los descansos para hablar con el actor que interpretaba el papel de Álvaro.

-Álvaro, lo que transmite, es una gran confianza, seguridad y mucha ternura. Es el tipo de chico del que nada más verlo, percibes que puedes dejarte llevar ¿lo captas? Es un romántico empedernido capaz de emocionar y contagiar esa emoción al contemplar la caída de la hoja de un árbol, un atardecer o aspirando el aroma de la brisa del mar. Son esa clase de cosas las que irá descubriéndole a ella; y son esos recuerdos los que ella habrá estado guardando todo este tiempo en su corazón...

-Y deben ser lo suficientemente intensos como para idealizarlo de tal forma que la impulse a hacer una película para buscarle –interrumpió Laura mirándola fijamente-. Pero lo que se escondía detrás de esa máscara de sensualidad, no era más que un niño consentido y malcriado acostumbrado a obtener las cosas sin esfuerzo e incapaz de terminar lo que empezaba. Muy hábil usando esa palabrería vacía y hedonista para engatusar jovencitas incautas. ¡Mientras él se dedicaba a escuchar a Mozart, otros debían

trabajar para pagarse sus estudios!

Y así, en silencio fue como permanecieron durante un buen rato ante la mirada de extrañeza del joven actor que no acababa de entender lo que estaba pasando.

22

El rodaje estaba tocando a su fin y fue entonces cuando saltó la gran cuestión.

-¿Qué probabilidades tenemos de que Álvaro vaya a ver la película? –preguntó Marie mientras Laura repasaba el texto de la siguiente escena.

-Si sus gustos no han cambiado demasiado, no tardará en ir a verla.

-¿Y si no le gusta? Era muy exigente al ver una película. Le gustaba ir imaginándose cómo la habían rodado y me explicaba donde debían estar las luces, los movimientos de la cámara, el significado de los distintos encuadres.

-Y supongo que eso lo hacía aun más atractivo –añadió Laura con cierto tono de reproche.

-¿Por qué lo dejasteis? –preguntó Marie cambiando radicalmente el tema de la conversación.

-Yo no lo dejé –sentenció Laura.

23

Álvaro, Pablo y Luis, habían decidido ir esa noche a ver la película de la que todas las chicas hablaban y cada una contaba en qué momento de la película se emocionó más hasta no poder contener alguna lagrimita resbalando por la mejilla. Y todas, como si de un virus altamente contagioso se tratara, no dejaban de hablar de lo enamoradas que estaban de ese y aquel niño del colegio o de la guardería ¡de la guardería! Y el final ¡Qué final! No hacían más que hablar del pedazo de escena con la que terminaba la película. Todo indicaba que Laura había encontrado el final adecuado.

A pesar de empezar a considerarla como una “película para tías”, los tres amigos, pensaron que sería interesante ir a ver con sus propios ojos qué era lo que las tenía tan alteradas.

La agradable temperatura, invitaba esa noche a pasear y tomar algo sentados en una terraza y eso precisamente es lo que hicieron al salir del cine.

-Ya voy entendiendo todo –comenzó a decir Pablo dirigiéndose a Álvaro y Luis.

-Es una idea original eso de hacer una película para

buscar a alguien –dijo sonriendo Luis.

-¿Y os habéis fijado cómo está la protagonista? –la pregunta fue de Pablo.

-Pues es verdad que sin querer, al ver esta película, te pones a pensar en las niñas que te gustaron de pequeño –reflexionó Luis.

-Tenía unas trenzas rubias, preciosas y siempre llevaba tigretones para merendar y eso me volvía loco.

-¿Sus trenzas o los tigretones? –preguntó irónicamente Luis-. A mí me gustaba deshacerle los lazos del pelo porque era la única forma de que se fijara en mí y me pusiera la mano encima... ¡qué mano tenía!

-Y el final tío ¡qué final! Ojalá alguna vez en mi vida me sucediera algo así –irrumpió Pablo inclinándose sobre la mesa.

Los comentarios ocurrentes y graciosos se fueron sucediendo uno tras otro como si de fichas de dominó se trataran. Álvaro permanecía en silencio. Cuando le animaron a contar algo sobre su primer gran amor, tomó aire como para empezar a hablar pero se quedó callado, se levantó y con una rápida despedida, se fue ante la cara de sorpresa de sus amigos.

24

Álvaro arrancó precipitadamente el motor de su coche y se dirigió directamente a casa.

Al llegar a casa, notó que una extraña sensación empezaba a apoderársele. Todos sus movimientos se estaban volviendo torpes, como si su cerebro estuviera perdiendo el control sobre ellos.

Se quedó de pie frente a una estantería repasando con la mirada todo su contenido: libros, cintas de video, revistas, discos, carpetas, archivadores. De repente se detuvo en un archivador con viejas fotografías que hacía mucho tiempo que no abría. Fue pasando los negativos, los contactos, las fotos, hasta seleccionar tres de ellas. Las miró fijamente y sin soltarlas, se dejó caer en un sillón.

24

No podía ser verdad ¿y si sólo era una coincidencia? Álvaro volvió a ver la película una y otra vez prestando atención a los detalles que le resultaban familiares. Necesitaba estar bien seguro para no dar un paso en falso.

De entre todas, hubo una escena especialmente emotiva para él: Álvaro había invitado a Marie a escuchar un concierto. Uno de sus amigos interpretaba a la guitarra junto a una pequeña orquesta de cuerda algunas obras de Joaquín Rodrigo. Mientras esperaban el comienzo, Marie observaba cómo Álvaro hojeaba el programa.

-¡El concierto de Aranjuez! –exclamó Marie.

-¿Te gusta?

-Si –respondió Marie con frialdad.

-¿Sí... así sin más? –Preguntó Álvaro girando su cabeza para mirar a Marie- Si supieras en qué condiciones lo compuso, entenderías su verdadero significado. Joaquín Rodrigo compuso el Concierto de Aranjuez en Paris, en plena guerra civil española y en unas condiciones de vida muy precarias y en medio de esa situación tan deprimente, quiso recordar los momentos felices y entrañables paseando con su mujer de recién casados por los jardines de

Aranjuez. Todos llevamos en el recuerdo nuestro propio concierto de Aranjuez y al oír sus notas te transportaras a algún momento bonito, agradable o emocionante o te evocará la compañía de alguien especial.

Cuando los acordes del adagio comenzaron a sonar, Marie volvió su mirada hacia Álvaro que escuchaba con los ojos cerrados, saboreando las emociones que la guitarra le transmitía. Cuando notó el tacto de la mano de Marie cogiéndole con fuerza la suya, abrió los ojos. Nunca hasta ese momento había visto ese brillo y esa expresión en su mirada.

26

-Yo fui a verla con mi marido y el muy tarugo no entendía cómo se podía hacer una película sólo para buscar a alguien. ¡Haberlo buscado en Internet que es más rápido! –me soltó el muy insensible.

-¡Y qué final Mari! Se me puso un nudo en la garganta con la escena del final.

Álvaro no pudo dejar de oír la conversación entre dos pacientes sentadas en la sala de espera, al ir a abrir la puerta de su consulta... Y en la cola del supermercado:

-Y qué majo es el protagonista. Ya me gustaría que mi hija encontrara un chico así.

-Y con qué dulzura la trata... no me extraña que aún se acordara de él.

-¿Tú lloraste al ver el final? Porque yo me eché a llorar como una tonta ¡Pedazo de final!

Y en la parada del autobús:

-¡Qué historia más tierna! Ya podían hacer más películas como esa.

-Pues ¿tú sabes quién me llamó?

-¡No es posible!

-Sí. Y me dijo que después de ver la película se acordó de mí y pensó que nos podíamos volver a ver.

-¿Cómo en la escena del final?

-¡Qué gran final!

Y de nuevo en su consulta:

-Pues verá doctor, fui a ver esa película, esa de una dentista que busca a un chico que conoció de jovencita o de niña, bueno da igual. Pues como le iba diciendo, fui a verla y me acordé de mi Emilio. Al ver la escena del final, me acordé mucho de mi Emilio ¿Usted ha visto qué final?, y me dije ¡Qué diantre! Voy a llamarle, porque yo tengo su número de teléfono ¿sabe?, pero resulta que está casado y tiene cinco hijos con esa pelandusca que lo cazó y por eso es que me ha entrado esta depresión tan grande doctor.

Y en la pista de tenis:

-Alejandro y yo también nos conocimos jugando al tenis, pero ya de más mayorcitos, no como en la película.

-¿También te echaste a llorar al ver el final?

-A mí me encantó porque no te lo esperas.

Y tomando café con su amigo Luis:

-Pues yo le llamé y después de tanto tiempo aún se acordaba de mí y quedamos para vernos.

-¿Cómo en la escena del final? Yo cada vez que me acuerdo, se me pone una cosa en la garganta...

-Yo también casi me pongo a llorar –dijo Luis dirigiéndose a las dos jovencitas de la mesa de al lado.

-Pues mi amigo dice que es una “película para tías” y que eso ya no se lleva.

-Ahí tienes que ver a que ha conducido tanta violencia y tantos efectos especiales en el cine.

Álvaro se levantó e inclinándose hacia Luis, le dijo:

-Ahora tengo prisa y debo irme, pero nos vemos esta noche –y dirigiéndose a las jovencitas sentadas junto a su mesa-. ¡Una gran película! Con mucha ternura, sí... eso es lo que tiene la película, mucha ternura. Y el final, ¿qué os podría contar yo del dichoso final?

27

Esa noche retransmitían por televisión un partido de fútbol de su equipo favorito. Pablo se había encargado de preparar para la ocasión enormes recipientes rebosantes de palomitas, nachos, papas y combinados de frutas en abundancia para beber.

El partido fue de infarto ya que su equipo no pudo deshacer el empate hasta el último minuto.

Tras un buen rato comentando las incidencias del encuentro, Álvaro irrumpió pidiendo a sus amigos la máxima atención para lo que iba a empezar a contarles.

-Bueno, ahora que estamos aquí los tres reunidos en una relajada tertulia, me gustaría contaros algo muy importante para mí. ¿Os acordáis de la película que fuimos a ver la otra noche?

Pablo y Luis, en silencio asintieron con la cabeza.

-No sé si prestasteis atención a las fotografías que salen en la película una y otra vez y de las fechas que llevan escritas en el dorso.

-Hombre -se adelantó Luis-, con la cantidad de veces que aparecen, es difícil no acordarse.

-Exacto –exclamó Álvaro-. Es difícil no acordarse.

-De lo que también me acuerdo es de la escena del final –dijo Pablo.

-Magistral escena la del final –insistió Luis.

-No es de la dichosa escena del final de lo que quiero hablaros –dijo Álvaro mientras dejaba caer sobre la mesa los negativos con las fechas escritas de su puño y letra.

Luis y Pablo se inclinaron sobre las hojas que contenían los negativos con las mismas tres fechas que aparecían en las fotografías de la película.

-Mira qué coincidencia –dijo sonriente Pablo.

-Si, y también es una coincidencia que en los títulos de crédito aparezca una antigua novia mía y la chica a la que le hice esas fotos. Ya no sé cuantas veces he vuelto a ver esa película para estar bien seguro de...

-¿De qué tienes que estar bien seguro? –preguntó Luis.

Álvaro se volvió a sentar, se acomodó en el sillón y comenzó a contar.

-Esa tarde había quedado con Marie para jugar al tenis. Yo no salía con Marie, salía con su amiga Laura. A Laura nunca le gustó jugar al tenis, porque de pequeña tuvo problemas con su revés. Fue esa tarde cuando me hice el esguince en el tobillo y por eso no las pude llevar en coche a casa...

-Si ya me acuerdo de la escena. Ella no sabía lo que había entre su amiga y... ¿tú?, aunque la que se puso celosa fue la protagonista –interrumpió Pablo.

-Lo que ellas no sabían y por eso no aparece en la película, es que yo dejaría a Laura primero en su casa y luego a solas con Marie...

-Le dirías que la querías y que ibas a dejar de salir con Laura y la mirarías fijamente a los ojos y os besaríais y... pero no pudo ser por culpa de tu esguince –dijo Pablo con voz muy tierna.

-Nunca me atreví a decírselo.

-¿Pero estás seguro que el de la película eres realmente tú? –preguntó Luis.

Álvaro levantando una de sus cejas miró en silencio a su amigo.

-Sí claro, supongo que lo estás –contestó Luis a su propia pregunta.

-O sea, que al final resulta que es verdad que han hecho la película para buscar a alguien. Y ese alguien eres tú. No, si los hay con suerte. Y ahora ¿qué piensas hacer? Porque la película termina... ¿piensas seguir el guión o nos ponemos entre todos a hacer una película para que sea ella la que te busque? ¡No se nos daría nada mal! -concluyó Pablo.

-No sé que debo hacer. ¿Qué haríais vosotros en mi lugar?

-Ya me gustaría que un par de chicas hubieran hecho una película sólo para buscarme –suspiró Pablo.

-Amigos míos –comenzó Luis-. Analicemos fríamente la situación. Hay que reconocer que a todos nos gustaría vivir una escena como la del final de la película. Ellas la diseñaron en su guión y luego fueron unos actores los que la interpretaron en un plató. Bien pues asumamos el reto, porque vamos a ser nosotros los que reproduzcamos esa misma escena, o una mejor, en la vida real. ¡Lo primero un ordenador, que hay que ser resolutivos!

Los tres amigos se levantaron y se dirigieron hacía la

habitación donde Pablo tenía su ordenador. Con una solemnidad digna de un equipo de expertos cirujanos, se pusieron manos a la obra. Luis sentado frente a la pantalla comenzó a dirigir la búsqueda.

-Lo primero, entrar en Internet ¿Qué no se podrá encontrar en Internet hoy en día? Bien, lo siguiente, introducir su nombre y apellidos.

Ante la mirada atenta de Álvaro y Pablo, Luis comenzó a teclear y a mover el ratón.

-¡Tiene que ser ella! Ahí la tenemos: Marie Duchamp. Viene la dirección de su clínica dental y un teléfono. ¡Fantástico! Está en la otra punta del país. ¿A alguien le molesta una muela? A lo mejor nos hace un precio especial por llevarle al niño que tanto echa de menos.

28

-Clínica de la doctora Duchamp, buenos días –contestó mecánicamente su enfermera al descolgar el teléfono.

-Buenos días señorita. Quería reservar una cita con la doctora –dijo con una doble intención Luis al otro lado del teléfono.

-Bien, ¿prefiere por la mañana o por la tarde?

-Por la tarde si puede ser.

-Para el próximo martes a las seis de la tarde ¿le viene bien?

-¿No podría ser hacia el final de la semana, jueves o viernes?

-Si lo prefiere le puedo reservar una hora para el próximo viernes a las cuatro.

-Perfecto, el viernes a las cuatro de la tarde.

-¿Es usted paciente de la doctora, o viene por primera vez?

-No. Es la primera vez que llamo.

-Entonces es primera visita. Dígame su nombre y un teléfono si es tan amable.

29

Ese fin de semana Pablo, Luis y Álvaro saldrían de viaje. Y el largo trayecto dio para mucha conversación. Luis, como en los viejos tiempos, organizando a sus jugadores y diseñando la estrategia. Esta vez avanzarían por la banda para dejarle a Álvaro un fácil remate.

-Llegamos y nos sentarán en la sala de espera. Ese será el momento más crítico porque no es ahí donde debes encontrarte con Marie. Y si por una de aquellas sale antes de tiempo, te tapas con una revista, o Pablo y yo nos podemos poner delante de ti, o ya se nos ocurrirá algo. Será la enfermera la que te pase al gabinete y te acomode en el sillón y te ponga el baberito por el cuello. Cuando entre Marie, con mucha naturalidad y aplomo le dices que vas a quedar con tu primer amor de la infancia que hace un montón de años que no la veías y que quieres que te ponga bonita la dentadura para causarle buena impresión.

-Vale, pero antes quiero asegurarme –dijo Álvaro.

-¿Cuánto hace que no te haces una limpieza? –dijo Pablo mirando los dientes de Álvaro.

30

El día anterior a la cita los tres amigos estaban sentados frente a la clínica dental. Aquel día, Marie y su amiga Laura salieron juntas de la clínica para ir a comer algo.

-¡Son ellas! –dijo Álvaro conteniendo el tono de voz.

Las dos amigas se sentaron en una de las mesas del exterior del bar a la vista de Álvaro.

-¿No te parece un poco peligroso? Una antigua novia y una antigua... lo que sea, ¡juntas! –dijo Pablo en voz baja.

-¿Es cierto lo que sale en la película, que les dijiste que te ibas a hacer medicina tropical a las Bahamas y desapareciste? –preguntó Luis.

-¡Qué va! Si el único que no se movió fui yo. La una se fue a Suiza para aprender a hacer películas y la otra también se fue a estudiar fuera.

Álvaro, con un gesto, interrumpió la conversación al ver aparecer un chico que se aproximaba a la mesa de las dos amigas. Era Andrés saludando primero a Laura y después a Marie de una forma que no dejaba lugar a la más mínima duda. Luis, Pablo y Álvaro, se quedaron mirando en silencio como no dando crédito a lo que sus ojos veían. ¡Había un Andrés! Y eso desmontaba todo el planteamiento. ¿Para qué tenían que hacer

esa película si había un Andrés? Realmente la mente femenina seguía siendo algo difícil de explorar para Álvaro.

-Esto –comenzó diciendo Pablo-, más que un final entre Cary Grant y Devorah Kerr, va a ser más parecido al de Michael Douglas y Glenn Close. Lo bueno es que podemos elegir: morir a manos de una antigua novia o morir a manos de un novio celoso.

Álvaro siguió en silencio un buen rato mirando a Marie.

-¡Esta bien, nos vamos! Ya nos hemos paseado bastante. Se acabó la diversión. ¡Volvemos a casa!

31

Los artículos para revistas odontológicas y las diapositivas para ilustrar los seminarios en la escuela de Odontología habían vuelto a ocupar la mente de Marie. Esa tarde, antes de empezar la consulta, se puso en su despacho a preparar las últimas diapositivas sobre fracturas radiculares que le faltaban para completar una presentación. Su enfermera y los pacientes aún tardarían en llegar.

-¿Sí? –preguntó Marie tras descolgar el teléfono.

-¿Clínica de la doctora Duchamp?

-Si soy yo la doctora Duchamp, dígame.

Álvaro, al otro lado del teléfono quedó desconcertado esperando oír la voz de la enfermera.

-Verá doctora, tenía reservada una visita con usted para el viernes a las cuatro de la tarde y me ha surgido un imprevisto. Ya volveré a llamar para reservar otra fecha.

-No se preocupe, ahora lo anotamos en la agenda. Gracias por llamar.

Marie anotó el día y la hora en un papel adhesivo y lo pegó en la tapa de su agenda sin abrirla.

32

La segunda primavera del año, como Álvaro solía llamar al otoño, estaba tocando a su fin dejando paso al frío aire invernal. La vida de nuestros protagonistas, había vuelto al ritmo y a la actividad de siempre.

A Álvaro no le gustaba hablar de lo ocurrido a raíz de la famosa película y evitaba cualquier cosa que le recordara lo sucedido, aunque no siempre lo conseguía.

En cierta ocasión mientras jugaba al tenis con Luis, no pudo evitar contemplar una escena que le resultó familiar: Junto a ellos, en una pista contigua, con sus manos apoyadas sobre la tela metálica de una de las pistas, un niño contemplaba atento el juego de una niña durante su clase de tenis. Otra noche, sus amigos le invitaron a la filmoteca a ver una famosa película protagonizada por Cary Grant y Devorah Kerr. Y la cena con unas amigas que no dejaron de hablar de la película y de lo emocionante que fue la escena del final. ¡Pobre Álvaro!

Nunca había prestado demasiada atención a las notas de la guitarra de un joven músico sentado en la acera de una calle próxima a su consulta. Pero esa tarde, al oír la triste melodía de un tango, se detuvo junto a él, se agachó y le

preguntó si sabía tocar el adagio del Concierto de Aranjuez. El músico no dijo nada, se limitó a sonreírle y comenzó a tocar. Álvaro dejó su maletín en la acera, se arrebujó el cuello de su abrigo, cerró sus ojos y comenzó a saborear las notas que iban saliendo de la guitarra, porque todas ellas le hablaban de Marie.

Marie alguna vez necesitó sincerarse con su amiga Laura porque lo de la película estuvo muy bien, fue muy emocionante y a la gente le gustó, pero no sirvió para encontrar a Álvaro.

De todas formas, se sentía satisfecha de haber hecho algo que jamás pensó que sería capaz de hacer. De vencer mil y una dificultades que se presentaron en su camino y de superar sus propias limitaciones. Aprendió que las contrariedades son oportunidades que nos da la vida para sacar lo mejor de nosotros y acrecentar la confianza en nuestras propias capacidades. Recordó lo importante que es saborear e ilusionarse con las cosas más pequeñas. Recobró las ganas de vivir. Volvió a sonreír y a soñar como cuando era una niña, porque todos sus sueños le hablaban de Álvaro.

33

Álvaro caminaba pensativo sin fijarse en las luces y adornos navideños que iban llenando las calles. De su mano izquierda, colgaba una bolsa de papel con regalos cuidadosamente envueltos y algunas tarjetas de navidad para enviar a amigos y familiares.

Mientras volvía a casa, se fijó en la luna llena que adornaba el cielo por encima de las copas de los árboles y de los edificios, y decidió sentarse en un banco a contemplarla.

Cuando llevaba un buen rato, se sentó a su lado un hombre de avanzada edad, desplegó las grandes páginas color salmón de un diario de información económica y se dispuso a leerlo. Al rato, sus grandes y casi contagiosas carcajadas hicieron que Álvaro se volviera hacia él.

-¿Ese tipo de periódico lleva tiras de humor? –le preguntó Álvaro.

-Pues no.

-Y entonces... ¿Qué le hace tanta gracia?

-Y a usted joven... ¿Qué le hace permanecer sentado en este banco con la mirada perdida?

-Quería pararme a contemplar la luna llena. Está preciosa, pero como la tenemos gratis y sin ningún esfuerzo...

La gente no suele apreciar estas cosas. Son ese tipo de cosas que no se compran con dinero.

-Hace años –comenzó a hablar el desconocido agradablemente sorprendido por la respuesta de Álvaro-, me tomaba muy en serio, demasiado en serio, ciertas cosas. Primero fue la medicación para las migrañas, luego los fármacos para poder dormir, luego vinieron las cápsulas para la úlcera de duodeno y mientras, iba descuidando cada vez más el cariño hacia mi mujer, la atención a mis hijos... hasta que un día mi corazón no pudo aguantar el ritmo. Durante el periodo de recuperación tras sufrir una angina de pecho, tuve mucho tiempo para pensar. Hice una lista de las cosas por las que había estado luchando toda mi vida: un buen trabajo, y otro mejor, dinero y luego más dinero, una casa y luego otra mejor y un coche y otro más potente y una casita en el campo y luego otra más grande. Luego hice otra lista de cosas que el dinero no puede comprar: amistad, el cariño de mis hijos, el amor de mi esposa, serenidad, paz, optimismo... contemplar una luna llena como la de ahora. Y vi que las dos listas no coincidían. Desde entonces me dediqué a luchar por conseguir las cosas de la segunda lista, las cosas que el dinero no puede comprar. Recuperé a mi familia y empecé a disfrutar realmente de la vida y a poder reírme de cosas que antes no me hacían ninguna gracia como las de este diario. Y eso se consigue con determinación, luchando, sin rendirse nunca, ¡mar adentro! ¡duc in altum!, joven ¡duc in altum!

-Duc in altum –repitió en voz muy baja Álvaro mirando la luna llena en el cielo-. ¿Duc in altum? –repitió en voz más alta mientras giraba su cabeza hacia el desconocido que ya no estaba sentado a su lado ni al alcance de su vista en el jardín.

34

De uno de los bolsillos, sacó un manojito de llaves, abrió la puerta de su casa y dejó caer la bolsa sobre el sofá. Se quitó el abrigo y se puso algo más cómodo. Calentó un poco de agua para hacerse una infusión. Dejó la taza con cuidado en un lado de su escritorio y se dirigió al sofá para rebuscar entre los paquetes hasta encontrar las tarjetas navideñas. Seleccionó una de ellas y entre sorbo y sorbo de té, comenzó a escribir:

¡Feliz Navidad Marie!

Me gustó cómo termina tu película
Álvaro.

Se levantó del asiento y permaneció unos segundos con su mirada fija sobre la cartulina. Cogió la taza de té aún caliente entre sus manos y saboreó despacio un par de sorbos. Intentó acomodarse en el sofá oyendo un poco de música sin apartar su mirada del escritorio; las notas del adagio del Concierto de Aranjuez le hicieron sentir, le recordaron, le transportaron y le evocaron... Así permaneció durante unos minutos hasta que se levantó y se volvió a sentar mirando fijamente las líneas que acababa de escribir.

35

Aquella mañana de invierno, los tímidos rayos de sol, no conseguían calentar el frío viento del norte. La Dra. Marie Duchamp entró casi tiritando en su despacho y como cada mañana, encontró sobre su mesa, perfectamente ordenadas, las historias de los pacientes que debía visitar y los sobres de la correspondencia. Se sentó y fue revisando una a una las historias. Una vez vistas, cogió el montón de cartas y de una manera rutinaria y rápida, las fue pasando. Volvió a dejarlas sobre la mesa, se levantó y se dirigió al vestidor para ponerse el pijama, la bata y los zuecos. Habían transcurrido escasos segundos cuando la puerta del vestidor se abrió bruscamente y Marie, de una forma compulsiva, se abalanzó sobre el montoncito de cartas. Fue pasando los sobres hasta encontrar el que buscaba, lo abrió precipitadamente y comenzó a leer su contenido. Intentando calmarse, cogió el teléfono y tras marcar:

-¿Diga?

-¿Laura?

-Si soy yo ¿Quién eres?

-Soy Marie ¡Es él, Laura, es él!

36

Álvaro contemplaba en silencio la pequeña nube de vapor que salía de la taza de té que tenía delante sobre la mesa. Hacía ya un buen rato que había decidido no volver a mirar el reloj de pared que adornaba el bar del hotel donde se alojaba. Cerró los ojos un instante para relajarse escuchando las notas que salían de un piano de cola situado en una de las esquinas del local.

Había doblado de mil formas diferentes su sobrecito de azúcar. Marie seguía sin aparecer, y eso aumentaba la sensación de inseguridad y su estado de ansiedad. Tomó aire una vez más e intentó buscar una postura más cómoda cuando sintió que alguien a su lado, le observaba inmóvil.

-¿Tú? –preguntó Marie mirándole fijamente a los ojos.

-Sí, yo.

Sus piernas, sin llegar a estar temblorosas, no le respondían con la firmeza habitual haciendo que al levantarse para saludarla, sus movimientos resultaran un poco torpes. Inmóvil, delante de ella, la miró indeciso.

-¿No me vas a dar un beso? –preguntó Marie de la misma forma que años atrás.

Esas palabras transportaron a Álvaro a otro tiempo, en otro lugar y por un instante, dejó de oír la melodía que salía del piano y el murmullo de fondo.

Esperó a que el camarero terminara de colocar la taza sobre la mesa enfrente de Marie; lo siguió con la mirada mientras se alejaba y comenzó la conversación hablando de lo mucho que le gustó la película.

Marie, como aliviada por el tema que había escogido Álvaro, sonrió y comenzó a contarle detalles curiosos de cómo se rodaron algunas escenas, de cómo se adaptaron otras... Pero terminaron hablando de ellos, de sus verdaderos recuerdos.

Parecía que ambos se iban sintiendo cada vez más cómodos con la conversación, y sin pensarlo dos veces, Álvaro se decidió a preguntarle por qué hizo la película y para qué quería volver a verle. Marie, fijó su mirada en él y tras un largo silencio:

-¿No recuerdas? Tú fuiste el chico que me enseñó a emocionarme con el olor a hierba recién cortada, con las olas del mar, con una pieza de Mozart, o con el aroma del vino a madera de roble a la luz de una vela. Tú fuiste el chico que me enseñó a no desperdiciar la vida y saborear las cosas pequeñas, y aprovecharla para vivirla intensamente ¿recuerdas? Tú fuiste el chico que me enseñó que los sueños pueden hacerse realidad.

-Hay momentos – continuó Marie tras una pausa para observar la reacción de Álvaro-, en los que la timidez o el temor, nos impiden expresar adecuadamente algunos sentimientos. Evitamos decir te quiero y tratamos de comunicar esa idea con otras palabras. Y precisamente, lo que queremos decir nos lo callamos; pero si nuestros sen-

timientos son lo suficientemente intensos, y necesitamos exteriorizarlos usando otras palabras, corremos el riesgo de que la otra persona no capte lo que realmente queremos expresar. ¿Recuerdas la última vez que nos vimos? Esa noche supe que pasaría mucho tiempo sin saber de ti, pero valió la pena conocer a alguien capaz de inspirar en mí tanta ternura. Eso fue lo que me impulsó a hacer la película, para que de esta forma, nuestra historia siempre pueda permanecer en el rincón más puro de nuestro corazón...

Las voces de unos niños gritando, hicieron que Álvaro girara su cabeza hacia el lugar de donde procedían, mientras Marie seguía inmóvil mirándole, como si ella no las oyera.

Sus ojos, aún cerrados, podían percibir la luz del sol de una cálida mañana de verano mientras unas manitas le acariciaban la mejilla. Álvaro se había quedado dormido delante de la pantalla de su ordenador en la que el cursor parpadeaba junto a las últimas palabras escritas por él: "...para que de esta forma, nuestra historia siempre pueda permanecer en el rincón más puro de nuestro corazón...".

-¡Papá, papá ¡Que ya es de día y nos tenemos que ir!

Álvaro quedó unos instantes con su mirada fija en la pantalla del ordenador; se levantó y se dirigió al dormitorio para despertar a su esposa que seguía durmiendo:

-Cariño, ya has oído, hay que levantarse.

El rumor del mar todavía tranquilo y el intenso olor a arena mojada, inundaban la habitación mientras Álvaro, con una suave caricia apartaba el pelo de la cara de Laura permitiendo que sus miradas se encontrasen.

Como cada sábado, Álvaro y Laura, llevaban a clase de tenis a sus dos hijas: Mónica de nueve años y María de

siete. Las pequeñas compartían con su padre una verdadera pasión por este deporte.

Junto a la pista donde el grupo de niños y niñas recibían sus clases, Álvaro y Laura, contemplaban a sus hijas bajo unas amplias sombrillas. María, la más pequeña, mostraba una innata elegancia en sus movimientos y se esforzaba en cuidarlos cuando sabía, como en esta ocasión, que su padre la observaba. La niña, clavó su zapatilla junto a la línea de fondo. Inspiró profundamente, botó un par de veces la pelota con su manita izquierda, miró a su padre mientras apartaba el pelo de su cara. Volvió a fijar su mirada en la pista, lanzó la pelota hacia arriba y con un energético latigazo de su brazo acompañado por un elegante movimiento de todo su cuerpo, hizo que la pelota llegara al otro lado de la red.

Laura, haciendo unas correcciones en unos folios escritos a máquina y Álvaro mirando complacido el juego de sus hijas dijo:

-Te estás perdiendo lo bien que juegan nuestras hijas
-y tras un breve silencio preguntó:

-¿Te he dicho que te quiero?

Laura con una cariñosa sonrisa y un brillo especial en sus ojos, levantó su vista del papel para mirar en silencio a Álvaro que insistió:

-¿Y te he dicho que te querré siempre?



¿Qué estarías dispuesto a hacer, amigo lector, por volver a encontrar tu primer gran amor de la infancia?

Ángel Escudero Villanueva, es médico y hasta el momento sus publicaciones se han limitado a artículos y comunicaciones en revistas y congresos en el ámbito profesional. De hecho, este libro, lo ha escrito mientras preparaba su tesis doctoral. Esta, su primera novela, gira alrededor de una idea: tras un inicial “carpe diem” para saborear y aprovechar el momento, el autor sugiere un “duc in altum!”, es decir, un remar mar adentro, luchando por las cosas buenas de la vida, aceptando nuevos desafíos, para abrir nuevas perspectivas y buscar nuevos horizontes.